

yo me graduaria con esto, y que estudiando podría ser cardenal, que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenía por dificultoso. Díjome, en viendo que los tenía:

—Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes á quién parecer; dinero llevas; yo no te he de faltar, que cuánto sirvo y cuánto tengo para ti lo quiero.

Agradécile mucho la oferta; gastamos el día en pláticas desatinadas y en pagar las visitas á los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar á la taba mi tío, el porqueño y demandador; éste jugaba misas, como si fuera otra cosa. Era de ver cómo se barajaban la taba, cogiéndola en el aire al que la echaba, y meciéndola con la muñeca se la tornaban á dar. Sacaban de taba como de naipe, para la fábrica de la sed, porque habia siempre un jarro en medio. Vino la noche; ellos se fueron, y acostámonos mi tío y yo, cada uno en su cama, que ya habia prevenido para mí un colchón. Amaneció, y antes que él despertase, yo me levanté y me fui á una posada, sin que me sintiese; torné á cerrar la puerta defuera, y eché la llave por una gatera. Como he dicho, me fui á un mesón á esconder y aguardar comodidad para ir á la corte. Dejéle en el aposento una carta cerrada, que contenía mi ida y las causas, avisándole no me buscasse, porque eternamente no le habia de ver.

CAPITULO XII

De mi huída y los sucesos en ella hasta la corte

PARTÍA aquella mañana del mesón un arriero con cargas á la corte; llevaba un jumento, alquilómele, y salíme á aguardarle á la puerta, fuera del lugar. Salió, y espetéme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mi diciendo:

—Allá quedarás, bellaco, deshonra buenos, jinete de gaznates.

Consideraba yo que iba á la corte, donde nadie me conocía (que era la cosa que más me consolaba), y que habia de valerme por mi industria y habilidad. Allí propuse de colgar los hábitos en llegando, y sacar vestidos cortos al uso; pero volvamos á las cosas que el dicho mi tío hacia, ofendido con la carta, que decía en esta forma:

CARTA.

«Señor Alonso Ramplón: tras haberme hecho Dios tan señaladas mercedes, como quitarme delante á mi buen padre y tener mi madre en Toledo, donde (por lo menos) sé que hará humo, no me faltaba sino ver hacer en vuesa

merced lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linaje, que dos es imposible, si no vengo á sus manos, y trinchándome, como hace á otros. No pregunte por mí, que me importa negar la sangre que tenemos; sirva al rey y á Dios.»

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diría contra mí. Volvamos á mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no topar á nadie, cuando desde lejos ví venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto; el cuello abierto y el sombrero de lado. Sospeché que era algún caballero que dejaba atrás su coche; y así emparejando, le saludé. Miróme y dijo:

—Irás vuesa merced, señor licenciado, en ese borrico, con harto más descanso, que yo con todo mi aparato.

Yo, que entendí que lo decía por coche y criados que se dejaba atrás, dije:

—En verdad, señor, que lo tengo por más apacible caminar, que el del coche; porque aunque vuesa merced vendrá en el que trae detrás con regalo, aquellos vuelcos que da inquietan.

—¿Cuál coche detrás?—dijo él muy alborotado.

Y al volver atrás, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una abujeta que traía, la cual era tan sola, que tras verme tan muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo, que ví que de la camisa no se veía sino una ceja, y que traía rapado el rabo, de medio ojo, le dije:

—Por Dios, señor, que si vuesa merced no aguarda á sus criados, yo no puedo socorrerle, porque vengo atacado únicamente.

—Si hace vuesa merced burla—dijo él con las calzas en la mano—vaya; porque no entiendo eso de los criados.

Y aclaróseme tanto en materia de ser pobre, que me confesó, á media legua que anduvimos, que si no le hacía

merced de dejarle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar á la corte, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños. Movidó á compasión me apeé, y como él no podía sacar las calzas, húbele yo de subir, y espantóme lo que descubrí en el tocamiento, porque por la parte de atrás, que cubría la capa, traía las cuchilladas con entretelas de nalga pura. Él, que sintió lo que había visto, como discreto se previno, diciendo:

—Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce; debióle parecer á vuesa merced, viendo el cuello abierto y mi presencia, que era un conde de Irlos. ¡Cómo de estos ojaldres cubren en el mundo lo que vuesa merced ha tentado!

Yo le dije que le aseguraba me había persuadido á muy diferentes cosas de las que veía:

—Pues aún no ha visto vuesa merced nada—replicó,—que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veme aquí vuesa merced un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañés, que si como sustento la nobleza me sustentara, no hubiera más que pedir; pero ya, señor licenciado, sin pan ni carne no se sustenta buena sangre; y por la misericordia de Dios todos la tienen colrada, y no puede ser hijodalgo el que no tiene nada. Ya he caído en la cuenta de ejecutorias, después que, hallándome en ayunas un día, no quisieron dar sobre ella en un bodegón dos tajadas, por decir que no tienen letras de oro; pero más valiera el oro en las pildoras, que en las letras, y de más provecho es, y con todo hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura, por no tener sobre qué caer muerto; que la hacienda de mi padre Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero (que todos estos nombres tenía) se perdió en una fianza; sólo el don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad de él; pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendón, azadón, podón, baldón, bordón y otros así.

Confieso que, aunque iban mezcladas de risa las calamidades del dicho hidalgo, me entretuvieron. Preguntéle cómo se llamaba, y á dónde iba, y á qué. Dijo todos los nombres de su padre: don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y de Jordán. No se vió jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como són de badajo. Tras esto dijo que iba á la corte, porque un mayorazgo raído como él, en un pueblo corto olía mal á dos días, y no se podía sustentar: y que por eso se iba á la patria común, adonde caben todos, y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros; «y nunca cuando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer y refocilo de lo vedado, porque la industria en la corte es piedra filosofal, que vuelve en oro lo que toca.» Yo ví el cielo abierto, y en són de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase cómo y con quiénes viven en la corte los que no tenían como él, porque me parecía dificultoso; que no sólo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas.

—Muchos hay de esos, hijo, y muchos de esotros; es la lisonja llave maestra que abre á todos voluntades en tales pueblos; y porque no te se haga dificultoso lo que digo, oye mis sucesos y mis trazas, y te asegurarán de esta duda.

CAPITULO XIII

En que el hidalgo prosigue el camino y lo prometido en su vida y costumbres

Lo primero has de saber que en la corte hay siempre el más necio, y el más rico, y más pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes (como yo) que no se les conoce raíz, ni mueble, ni otra cosa de la que descenden los tales; entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos caballeros ebenes; otros hueros, chanflones, chirles, traspillados y caninos; es nuestra abogada la industria; pasamos las más veces los estómagos de vacío; que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas; somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones, y convidados por fuerza; sustentámonos así del aire, y andamos contentos; somos gente que comemos un puerro, y representamos un capón. Entrará uno á visitarnos en nuestras casas, y hallará nuestros aposentos llenos de huesos de carnero y aves, y mondaduras de frutas; la puerta embarazada con plumas y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de parte de noche por el pueblo, para honrarnos con ello de día, y reñimos, en entrando, al huésped:

—¿Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza? Perdóneme vuesa merced que han comido aquí unos amigos, y esos criados, etc.

Quien no nos conoce, cree que es así, y pasa por convite. ¿Pues qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando á uno media vez, sabemos su casa, y siempre á hora de mascar (que se sepa que está en la mesa); decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo. Si nos pregunta si hemos comido, si ellos no han empezado, decimos que no; si nos convidan, no aguardamos al segundo envite, porque de estas aguardadas nos han sucedido grandes vigiliass; si han empezado, decimos que sí, y aunque parta muy bien el ave, pan ó carne, ó lo que fuere, para tomar ocasión de engullir un bocado, decimos:

—Ahora, deje vuesa merced, que le quiero servir de maestresala; que solía, Dios le tenga en el cielo (y nombramos un señor muerto, duque ó conde), gustar más de verme partir, que de comer.

Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos, y al cabo decimos:

—¡Oh, qué bien huele! Cierto que haría grande agravio á la guisandera en no probarlo: ¡qué buena mano tiene!

Y diciendo y haciendo, va en prueba el medio plato; el nabo por ser nabo; el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algún convento aplazada; no la tomamos en público, sino á lo escondido, haciendo creer á los frailes que es más devoción, que necesidad. Es de ver uno de nosotros en una casa de juego, con el cuidado que sirve y despabila las velas, trae orinales, cómo mete naipes, y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato. Tenemos de memoria, para lo que toca á vestirnos, toda la ropería vieja; y como en otras partes hay hora señalada para oración, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de

ver las diversidades de cosas que sacamos; que, como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuanto nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos abiertas las piernas á la mañana á su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos y hilarachas de las entrepiernas, y con unas tijeras les hacemos la barba á las calzas; y como siempre se gastan tanto las entrepiernas, es de ver cómo quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante, y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas; sábelo sola la capa, y guardámonos de días de aire, y de subir por escaleras claras ó á caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues en día claro andamos las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los tobillos, porque si se abren las rodillas, se verá el ventanaje. No hay cosa en todos nuestros cuerpos, que no haya sido otra cosa, y no tenga historia. Verbi gratia: bien ve vuesa merced esta ropilla; pues primero fué gregüescos, nieta de una capa, y biznieta de un capuz, que fué en su principio, y ahora espera salir para soletas, y otras muchas cosas. Los escarpines primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y antes camisas, hijas de sábanas; y después de esto nos aprovechamos para papel, y en papel escribimos y después hacemos de él polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. ¿Pues qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces, porque no se vean los ferreruelos calvos y las ropillas lampiñas? que no hay más pelo en ellas, que en un guijarro; que es Dios servido de dárnosle en la barba, y quitárnosle en la capa; y por no gastar en barberos, prevenimos siempre de aguardar que uno de los nuestros tenga pelambre, y entonces nos las quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: *Ayúdaos como buenos hermanos*; y tenemos cuenta de no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro.

Es de ver cómo andan los estómagos en celo. Estamos obligados á andar á caballo, una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas, y á ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla ó trasera; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo, con todo el pescuezo defuera, haciendo cortesías porque nos vean todos, y hablando á los amigos y conocidos, aunque miren á otra parte. Si nos come delante de algunas damas, tenemos traza para rascarnos en público sin que se vea; si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte; señalamos con las manos aquellas que nos comen, rascándonos en vez de enseñarlas; si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos «sanctus», aunque sea en el «introibo»; levantámonos, y arrimándonos á una esquina, en són de empinarnos para ver algo, nos rascamos. ¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca; encajamos duques y condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos; y advertimos que los tales señores, ó están muertos, ó muy lejos; y lo que más es de notar, que nunca nos enamoramos, sino de *pape lucrando*, que veda la orden damas melindrosas, por lindas que sean; y así siempre andamos en recuesta con una bodegonera por la comida, con la huésped por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre; y aunque, comiendo tan poco y bebiendo tan mal, no se puede cumplir con tantas por su tanda, todas están contentas.

Quien ve estas botas mías: ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media, ni otra cosa? Y quien viere cuello: ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar á un caballero, señor licenciado; pero cuello abierto y almidonado, no. Lo uno, porque así es grande ornato de la persona; y después de haberle vuelto de una parte á otra, es de sustento, porque se ceba el hombre en almidón, chupándole con destreza. Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros

ha de tener más faltas, que una preñada de nueve meses, y con esto vive en la corte. Ya se ve en prosperidad y con dineros, y ya se ve en el hospital; pero en fin, se vive, y el que se sabe bandear es rey, con poco que tenga.

Tanto gusté de las extrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido con ellas y con otras, me llegué á pié hasta las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traía blanca, y yo me hallaba obligado á sus avisos, porque con ellos abrí los ojos á muchas cosas, inclinándome á la chirlería. Declaréle mis deseos antes que nos acostásemos; abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó habian de hacer impresión sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor (para introducirme en la corte con los demás cofrades del estafón), y posada en compañía de todos. Aceptéla, no declarándole que tenía los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos; los cuales bastaron, con la buena obra que le había hecho y hacía, á obligarle á mi amistad. Compréle del huésped tres abujetas; atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos, y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

CAPITULO XIV

De lo que me sucedió en la corte, luégo que llegué hasta que anocheció

A las diez de la mañana entramos en la corte; fuimos á apear de conformidad en casa de los amigos de don Toribio. Llegamos á la puerta, y llamé; abrióme una vejezuela muy pobremente abrigada y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habían ido á buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo, él en animarme á la profesión de la vida barata, y yo en atender á todo. Á las doce y media entró por la puerta un estantigua vestido de bayeta hasta los piés, más raída que su vergüenza. Habláronse los dos en germanía, de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales y una carta, con la cual (diciendo que era licencia para pedir para un pobre) los había allegado; vació el guante y sacó otro, y doblólos á usanza de médico. Yo le pregunté que por qué no se los ponía, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. Á todo esto noté que no se desarrebozaba, y pregunté (como nuevo para saber) la causa de estar siempre envuelto en la capa, á lo cual respondió:

—Hijo, tengo en las espaldas una gatera acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite; este pedazo de rebozo la cubre, y así se puede andar.

Desarrebozóse, y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto; yo pensé que eran calzas, porque eran á modo de ellas, cuando él (para entrarse á espulgar), se arremangó, y ví que eran dos rodajas de cartón que traía atadas á la cintura y encajadas á los muslos, de suerte que hacían apariencias debajo del luto, porque el tal no traía camisa, ni gregüescos, que apenas tenía que espulgar según andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla como las que ponen en las sacristías, que decía: «Espulgador hay», porque no entrase otro. Grandes gracias di á Dios, viendo cuánto dió á los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas.

—Yo—dijo mi buen amigo—vengo del camino con mal de calzas, y así me habré de recoger á remendar.

Preguntó si había algunos retazos, y la vieja (que recogía trapos dos días á la semana por las calles, como las que tratan en papel, para curar incurables cosas de los caballeros) dijo que no, y que por falta de trapos se estaba quince días había en la cama, de mal de ropilla, don Lorenzo Iñiguez de Pedroso.

En esto estábamos, cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo, con un sombrero prendidas las faldas por los dos lados; supo mi venida de los demás, y hablóme con mucho afecto; quitóse la capa, y traía (¡mire vuesa merced quién tal pensara!) la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienzo blanco con sus fondos en sudor. No pude tener la risa, y él, con gran disimulación, dijo:

—Haráse á las armas y no se reirá; yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba.

Yo dije que por galantería y por dar lugar á la vista:

—Antes por estorbarla—dijo;—sepa que es porque no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver.

Y diciendo esto sacó más de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no había podido dar aquellas; traía cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo; ponía la firma de quien le parecía; escribía nuevas que inventaba á las personas más honradas, y dávalas en aquel traje, cobrando los portes, y esto hacía cada mes, cosa que me espantó ver tal novedad de vida. Entraron luégo otros dos, el uno con una ropilla de paño larga hasta medio valón, y su capa de lo mismo, levantado el cuello porque no se viese el anejo que estaba roto. Los valones eran de camelote, mas no eran más de lo que se descubrían, y lo demás de bayeta colorada. Éste venía dando voces con el otro que traía valona por no traer cuello, y unos frascos por no traer capa; y una muleta con una pierna liada en trapos y pellejos, por no tener más de una calza. Hacíase soldado, y habíalo sido, pero malo y en partes quietas; contaba extraños servicios suyos, y á título de soldado, entraba en cualquier parte. Decía el de la ropilla y casi gregüescos:

—La mitad me debéis, ó por lo menos mucha parte; si no me la dáis, juro á Dios...

—No jure á Dios—dijo el otro—que en llegando á casa no soy cojo y os daré con esta muleta mil palos.

Si daréis, no daréis, y con los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos, á los primeros estirones. Metimoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado:

—¿Á mí chanzas? No llevaréis, ni medio. Han de saber vuestas mercedes que, estando en San Salvador, llegó un niño á este pobrete, y le dijo que si era yo el alférez Juan de Lorenzana, y dijo que sí, atento á que le vió no sé qué cosa que traía en las manos. Llevómele, y dijo (nombrándome alférez):

—Mire vuesa merced qué le quiere este niño;—y como le entendí, dije que yo era.

Recibi el recado y con él doce pañizuelos, y respondí á su madre que los enviaba á alguno de aquel nombre; pideme ahora la mitad, y antes me haré pedazos que tal dé; todos los han de romper mis narices.

Juzgóse la causa en su favor, y sólo se le contradijo el sonar en ellos, mandándole que los entregase á la vieja para honrar la comunidad, haciendo de ellos unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas, que el sonarse está vedado.

Llegó la noche, y acostámonos tan juntos, que parecíamos herramienta en un estuche. Pasóse la cena de claro en claro; no se desnudaron los más, que con acostarse como andaban de día, cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPITULO XV

En que se prosigue la materia comenzada y otros raros sucesos

MANECIÓ el Señor y pusimonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos, como si todos fuéramos hermanos (que esta facilidad y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas). Era de ver á uno ponerse la camisa, de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oración á cada uno, como sacerdote que se viste; á cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas, y la venía á hallar, adonde menos convenía, asomada; otro pedía guía para ponerse el jubón, y en media hora no se podía averiguar con él. Acabado esto, que no fué poco de ver, todos empuñaron abuja y hilo, para hacer un punteado en un rasgado y otro; cuál, para curcuisirse debajo del brazo, estirándole, se hacía L. Uno, hincado de rodillas, que remedaba un cinco de guarismo, socorria á los cañones; otro, por plegar las entropiernas, metiendo la cabeza entre ellas, se hacía un óvillo. No pintó tan extrañas posturas Bosco, como yo ví, porque ellos cosían y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales había traído el sábado. Acabóse la hora del remiendo (que así la llamaban ellos), y fuéronse